

DARÍO Y CARRERA ANDRADE: EL DULCE ENGAÑO DE LA TOTALIDAD

Esteban Ponce

La polvareda levantada por las caídas de tantos monumentos en el recién terminado siglo no acaba de asentarse, y en la misteriosa vaguedad en que todo ha quedado; ahí, de fondo, en algún sitio...; lo de siempre, una incertidumbre cansada ya de tanto madurarse y con ella, el tiempo, las cosas, sus nombres, los sujetos, las palabras, el devenir, en actitud contrita ofrecen una vez más su gravidez-vacío.

También ahí, la poesía. Ella también, a pesar de sus máscaras de infinito, muestra su ser en el tiempo. Obstinada en defenderse de la siempre amenazante sed de definición, se transforma, rehuye, se hace deseo, simula certezas y recuerda olvidos y nostalgias. *El acontecer del poema es un Medio, Intermedio, Meridiano, Intersticio. Pasadizo.*¹ Ese *intersticio*, esa fisura que Jorge Carrera Andrade persigue, es también la fisura imposible por la que espía, insaciable de absoluto la porfiada insistencia con que Darío procura una visión del Todo: *Mi Darío preferido es el de... los poemas estremecidos por el deslumbramiento de la verdad sin velos,*² dirá Carrera Andrade.

Ese objeto del deseo poético que es la Totalidad, la mirada con la que lo acosan, el espacio desde el que lo miran, todo, se instaura sobre una frontera frágil que se dispersa en el instante mismo de la revelación, la experiencia poética de la totalidad es también experiencia de lo efímero:

1. Iván Carvajal, «País secreto», *País Secreto. Revista de ensayo y poesía*, 1, Quito, junio 2001, pp. 2-9.
2. Jorge Carrera Andrade, «Interpretación de Rubén Darío», *Cuadernos Darianos*, Managua, 1964, p. 14.

Despliegas el mantel de un festín de infinito
 en donde el horizonte, en su plato de nubes,
 sirve el manjar del sueño y del olvido.

...

Ruedan sobre la orilla tus vanas esculturas
 que pronto se deshacen
 en un mármol soluble, en ingravidas plumas.
 «Aquí yace la espuma»³

Sobre esa *¡Frontera del abismo, guardada por palomas!* que se disuelve en un movimiento que a un tiempo es arrepentimiento y anhelo de transgresión revocación de su llegada, ahí es donde Carrera se encuentra con Darío. Sobre el diletante movimiento marino, parejo recordatorio del instante y lo infinito, Darío satisface la sed del Todo del poeta ecuatoriano. En «Revelación» satura de luz el resquicio por donde la mirada anhelante procura la experiencia de infinito. Y el mar sigue golpeando por los siglos las puertas del misterio que se despliega y se renueva. La espuma marina, como último signo del espacio-límite en el verso de Carrera, bien puede ser la misma que fracciones de siglos antes contó a Darío algún secreto en torno al absoluto:

En el acantilado de una roca
 que se alza sobre el mar, yo lancé un grito
 que de viento y de sal llenó mi boca:

A la visión azul de lo infinito,
 al poniente magnífico y sangriento,
 al rojo sol todo milagro y mito.

Y sentí que sorbía en mar y viento
 como una comunión de comuniones
 que en mí hería sentido y pensamiento

Vidas de palpitantes corazones
 (...)

«Revelación»⁴

Los dos versos finales responden al grito, cargados de resonancias iniciáticas: *Yo estoy contigo / y estoy en ti y por ti: yo soy el Todo*. La armonía cósmica despliega sobre el verso, la carga acumulada de la Verdad simple. El poema se

3. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1976, pp. 327-8.
4. Rubén Darío, *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pp. 316-7.

termina y un abismo de silencio recuerda que el sendero de la palabra es el del límite. El Todo revelado se queda, ya para siempre, suspendido en el verso que se abre al abismo. Suspendido en la frontera misma en que su revelación se hace nada. La alternancia del ser, una incapacidad de inmutabilidad queda al descubierto. El Todo existe solo en esas fisuras que muestran su disparidad; la fisura desde la que el poeta mira rabioso de deseo, es ella misma una manifestación de la inconstancia del Ser. ¿O son los límites de la palabra los que construyen tal ilusión?

Si el gesto poético es una provocación al vacío y éste comparte la fugacidad con el Todo; la concurrencia, entendida como sucesión de abandonos y retornos, marca una de las formas de lo poético. La fisura no *está* para siempre, sino que regresa. La poesía es acto reiterativo que convoca al Todo jugando con sus fracciones. En «Pájaros de las islas...»,⁵ Darío sugiere el retorno como forma de comprender la Verdad, un eterno estar-regresando:

Pájaros de las islas, en vuestra concurrencia
 hay una voluntad,
 hay un arte secreto y una divina ciencia,
 gracia de eternidad.
 (...)
 Almas dulces y herméticas que al eterno problema
 sois en cifra veloz
 lo mismo que la roca, el huracán, la gema,
 el iris y la voz.
 (...)
 Y con las alas puras de mi deseo abiertas
 hacia la inmensidad,
 imito vuestros giros en busca de las puertas
 de la única Verdad.

Intuición irreductible que es juego y oficio sacro a la vez. La materia que nos ha expulsado nos convoca, y *la voz* es la única forma del poeta para restaurar la unidad. Carrera Andrade también responde a esa vocación de la palabra cuando pugna por un «Regreso a la transparencia». La idea de retorno se tiende aquí entre el objeto que devela su modo de ser sin operaciones de ocultamiento y la zona de opacidad en que los significados se han ocultado. La distancia entre los dos puntos es un efecto de ilusión poética. No hay transparencia sin opacidad que la manifieste. Transparencia y opacidad son formas de ubicar la frontera, y el deseo de retorno es anhelo de transgresión. El poeta, otro demiurgo, separa la luz de las tinieblas; separación que dura la exten-

5. *Ídem*, p. 448.

sión del verso, y, sin embargo, a pesar de lo efímero del acto, la cuña del poeta queda clavada en el límite entre los seres y sus palabras:

Vuelvo al aire y al agua elementales
 después de haber amado tierra y fuego
 y el color y la forma de las cosas.
 Vuelvo a la transparencia y al sosiego
 mirando las recónditas señales:
 ¿Qué dicen las estrellas y las rosas,
 cautivas luminosas
 en su prisión de frío
 que custodia el rocío
 con sus huestes de vidrio y de frescura?
 Alta ciencia con letras de agua pura,
 cosmografía de las soledades,
 mapa del cielo, pávida escritura
 donde leen su suerte las edades.⁶

En ambos textos *la ciencia* (*divina* en Darío, *alta* en Carrera Andrade) es elemento propiciatorio del instante de iluminación. El poema como una suerte de práctica teúrgica, procura retirar los velos que cubren al enigma y manifiesta su deseo de un saber que se sacia de intuiciones. Este deseo es más próximo al *Corpus hermeticum*⁷ confiado al Tres Veces Grande Hermes Trimegistos, que en su custodia junta todos los saberes; que, a la tradición racionalista griega, contra la cual reaccionaron los primeros herméticos y los neopitagóricos hacia los cuales Darío manifestó una evidente proximidad:

En las constelaciones Pitágoras leía,
 yo en las constelaciones pitagóricas leo⁸

La armonía del cosmos, como herencia pitagórica es una constante que Darío jamás abandona, ya en sus primeros poemas se hallan varias alusiones:⁹

Tú inspirado y deseoso alzas la frente,
 y con el diapasón de la armonía
 sabio sigues sendero provechoso
 ...

6. Carrera Andrade, *op. cit.*, p. 75.

7. Hermes Trimegistos, *Corpus hermeticum*, Paris, Sociéte d'Édition «Les belles lettres», 1960.

8. Rubén Darío, «En las constelaciones», *op. cit.*, p. 449.

9. Cfr. Ricardo Guillón, «Pitagorismo y modernismo», en Homero Castillo, ed., *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 358-383.

si subes, melodías uniformes
 como el ritmo inmortal de las esferas;
 si bajas, ecos hondos y terribles
 que entre la lobreguez de los abismos
 fingen himnos grandiosos y profundos.
 «A Juan Montalvo»¹⁰

Con la ansiedad por lo infinito que Carrera Andrade absorbe de Darío, se filtra también la armonía del cosmos que en Carrera va a constituir eje central de toda su poesía. En «El viaje infinito» el culto al todo, la correspondencia armónica entre las esferas y la instauración de la palabra como arma única de ataque y defensa frente a la nada se dan encuentro. Los seres, su unidad, sus voces, la respuesta poética, la intimidad en el conocimiento de todos ellos y la renuncia a una vía de abstracciones que desvincule de la vida, acuden al poema de Carrera Andrade para simular el Todo que se anhela y provocar al vacío que amenaza:

Todos los seres viajan
 de distinta manera hacia su Dios:
 La raíz baja a pie por peldaños de agua.
 Las hojas con suspiros aparejan la nube.
 Los pájaros se sirven de sus alas
 para alcanzar la zona de las eternas luces.

El lento mineral con invisibles pasos
 recorre las etapas de un círculo infinito
 que en el polvo comienza y termina en el astro
 y el polvo otra vez vuelve
 recordando al pasar, más bien soñando
 sus vidas sucesivas y sus muertes.

El pez habla a su Dios en la burbuja
 que es un trino en el agua,
 grito de ángel caído, privado de sus plumas.
 El hombre solo tiene la palabra
 para buscar la luz
 o viajar al país sin ecos de la nada.¹¹

El juego aquí puede ser visto en una doble perspectiva, la del texto que traza las rutas de acceso de cada ente a Dios, pero además está la red de imá-

10. Rubén Darío, *op. cit.*, p. 24.

11. Carrera Andrade, *op. cit.*, p. 323.

genes que deviene trampa. Yo, lector, opto por una de esas rutas abierta con palabras. El poema conserva su ser total, pero al mismo tiempo es racimo de fisuras, por las que curiosos, procuramos la visión intuida por el poeta. Yo soy atrapado por *la raíz que baja a pie por peldaños de agua*; del núcleo concentrado y reiterativo de significados soy expelido a la transgresión que implica el deseo. *El hombre que solo tiene la palabra*, otra vez, cede ante el objeto de su anhelo y, en el intento de asirlo, golpea con el transparente límite, invisible, lo rompe, se hiere y vuelve a fragmentar la totalidad prevista. En la turbación que el límite manifiesto ha generado, la ilusión se diluye, la necesidad del todo se reinstala, el yo-lector sediento de totalidad me retiro herido, pero también la nada ha sido herida. *Fin*, este, en Gilles Deleuze, *último de la literatura, liberar en el delirio esa creación de una salud, [...] es decir, una posibilidad de vida*.¹²

La armonía como sistema de relaciones que permite reconciliar los opuestos, particularmente como mecanismo que aúna lo limitado con lo ilimitado, tiene una presencia permanente en la obra de ambos poetas. La necesidad de aunamiento de opuestos es una forma del horror al vacío. El abismo que se experimenta entre los seres y su trascendencia impele a figurar la armonía. La persecución de esta intuición nos remite una vez más a la literatura como espacio-límite en dos maneras. Tanto en la búsqueda de la armonía como objeto de deseo, como en la aproximación a lo intuitivo como forma del saber, se puede vislumbrar otras tantas formas de lo fronterizo. La armonía como sistema de correspondencias ocultas, que solo se manifiestan en la revelación de semejanzas ¿No es como un secreto pasadizo que reduce lo disímil? Y las ideas pitagóricas de la unidad ¿no son en ambos poetas, un mecanismo para actuar sobre las zonas límites de los seres, sobre sus semejanzas, sobre los espacios de sus intersecciones para generar una forma de unidad o cuando menos un efecto de unidad? Podríamos imaginar una máquina de texturas que reduce las diferencias y ajusta nudos entre lo semejante compartido por seres diferentes. Lo que parece irremisiblemente opuesto es sometido por la fuerza de la imagen al encuentro con lo diferente. El texto poético, entonces, sigue circulando por la frontera, por las fronteras de los seres que quiere unificar y sobre los cuales solo logra tender una ilusión de ceñidos conjuntos de cosas. Las puntadas con que la palabra procura afirmar la unidad son de comportamiento impredecible y hoy fija una idea que ayer dejó escapar; mañana evidenciará una semejanza que ahora nos fue imposible.

La armonía poética nace hija del cosmopolitismo. El mundo en el que los espejos se habían desperdigado convocaba una palabra que reuniera su totalidad para entonces prolífica en diferencias. La palabra confronta entonces al

12. Gilles Deleuze, *La literatura y la vida*, Córdoba, Alción, 1994, p. 18.

universo con voluntad de ser uno en el todo. Esta unidad aterra el vacío y la imposibilidad de contacto, que es finalmente otra forma de lo mismo. Vacío e incomunicación son los monstruos silenciosamente prefigurados en el modernismo, en Darío y cada vez van a ir mostrándose más abiertamente en la poesía de Hispanoamérica desde Darío hasta la poesía de la Segunda Posguerra. Para entonces ya será temática evidente de la poesía y la literatura en general. En Darío, este terror se insinúa en la necesidad de ocupar todos los espacios, de recorrer con la palabra el mundo y en el intento de dejar todos los seres a resguardo del olvido. La incomunicación es entonces solo un mal de los poetas, en la poesía posterior a Darío empezará a ser un mal secular. En Carrera Andrade anida esta angustia tras la aparente confianza del «hombre cuya frente despide claridad», pero no va a ser suficiente su confianza en los nuevos órdenes para contener el mal con que nació el siglo, su poesía va a purificarse justamente en las aguas de la helada desazón. Es el horror a la nada el que empujará sus palabras a los bordes de lo insignificable, para ilusionar la posibilidad de una existencia:

¡El día alzado en armas
gira a mi alrededor: ¡Oh cerco de oro
seguido por la azul caballería
del horizonte en trance de palabra
o de vocal redonda eternamente!

«Las armas de la luz»¹³

Con frecuencia la urgencia por circunscribir en palabras al Todo llevó a este *hijo del modernismo*¹⁴ a multiplicar imágenes llanas, carentes de relieve, pero éstas son como el ejercicio recurrente que en su momento levantan los versos que destellan, los que instauran el *horizonte en trance de palabra*, el *mar que revela enigmas planetarios al oído de la tierra*,¹⁵ la *claraboya que nos iza con su cuerda de luz*¹⁶ o las *islas donde el silencio es la más alta dádiva*.¹⁷ Versos en los que las palabras parecerían contravenir el límite convenido con las cosas para trocar en seres. Versos en que la luz vivifica lo que posaba inerte como en un cuadro de Remedios Varo. Este espacio creado por las palabras que ha herido el vacío y lo ha ocupado, hunde también su cuña en alguna parte de mis fronteras, ¿está ahí contenido por las palabras o está ahí conteniéndolas?

13. Carrera Andrade, *op. cit.*, p. 372.

14. González Porto - Bompiani, *Diccionario de autores*, tomo 1, Barcelona, Montaner y Simón, 1963, p. 483.

15. Carrera A., *op. cit.*, «Familia de la noche», p. 359.

16. *Ídem*, «Las amistades cotidianas», p. 253.

17. *Ídem*, «Islas sin nombre», p. 274.

Si entro por esta puerta veré un rostro
ya desaparecido, en un clima de pájaros.
Avanzará a mi encuentro
hablándome con sílabas de niebla,
en un país de tierra transparente
donde medita sin moverse el tiempo
y ocupan su lugar los seres y las cosas
en un orden eterno.¹⁸ ■

18. *Ídem*, «Enigma del mar», p. 516.